

¿QUÉ FUE DE AQUEL EQUIPO? (ES SOLO UN CUENTO)

Un buen día el superior gobierno se aburría y decidió crear un equipo de fútbol en un pequeño pueblo de obreros que estaba en las afueras de la capital. El ministro del ramo buscó entre los mejores jugadores veteranos del país y les encargó que formaran un equipo con potencial para participar en las grandes competiciones internacionales. Como el encargo era muy complicado, los fundadores le pusieron muchas condiciones al ministro, quien sorprendentemente las aceptó sin rechistar: el equipo mejoraría el bienestar del país y por consiguiente iba a contar con todo su apoyo.

Los fundadores buscaron y buscaron y se pusieron en contacto con un buen plantel de jóvenes promesas nacionales con algún que otro oriundo y con unos cuantos veteranos. En un primer momento, muchos de ellos se mostraron reticentes: se trataba de una aventura difícil y arriesgada. Ya se había intentado otras veces en aquel mismo país y nunca había funcionado. Pero los fundadores insistieron y volvieron a insistir y les fueron convenciendo. Traficaron un poco con dinero, pero sobre todo con ilusiones: todos ellos amaban el fútbol y aquél iba a ser un equipo excelente. Todos tendrían un sitio en el equipo y cada uno podría dar de sí lo mejor que tuviera. En aquél país por primera vez se iba a poder jugar al fútbol de verdad, sin distracciones.

Unos y otros fueron aceptando. Los jóvenes estaban muy contentos y los veteranos estaban encantados. Para muchos de ellos ese iba a ser el último equipo de sus vidas y querían que se les recordara como sus artífices. Cuando se jubilaran siempre podrían presumir de que habían pertenecido a un gran club. Todavía no sabían muy bien cómo, pero estaban dispuestos a forzar el milagro de que el juego del equipo fuera mejor que la suma de todos sus talentos individuales. Los veteranos estuvieron cavilando durante algunas semanas y llegaron a la conclusión de que la mejor estrategia sería basar el juego del equipo en el sacrificio y la entrega de los más jóvenes. Y les convencieron para que fueran generosos y para que antepusieran los intereses del equipo a los suyos propios. No iba a importar demasiado quién metiera los goles. Ganarían o perderían entre todos.

Pero el campeonato resultó ser más largo y más difícil de lo que todos habían anticipado y los veteranos empezaron a ponerse nerviosos. Se dieron cuenta de que los jóvenes necesitaban demasiados partidos para ponerse en forma, y que ellos, con sus fuerzas ya menguadas, poco podían hacer para obtener los resultados deseados. Necesitaban una estrella que metiera los goles y les diera el prestigio que tanto ansiaban.

Y en estas estaban cuando un día, no se sabe muy bien cómo, llegó a la barriada un gran jugador italiano. Sonriente, suave y bien trajeado, como suele ocurrir en estos casos. Venía de jugar en uno de los mejores equipos del mundo y traía la maleta llena de recortes de prensa que las mejores revistas internacionales le habían dedicado. Los veteranos se quedaron deslumbrados. No había duda de que ese jugador era la estrella que iba a salvar al equipo. Resultaba un poco extraño que siendo tan bueno le la directiva de su antiguo equipo le hubiera cesado, pero los números cantaban y los veteranos no quisieron averiguar las razones del cese ni se extrañaron de que los demás grandes equipos no le hubieran contratado. Tampoco se preocuparon demasiado por sus caprichos de diva y se apresuraron a aceptar todas las condiciones que les impuso antes de firmar el contrato. Todo el mundo sabe que el precio que hay que pagar por estar cerca de las estrellas es muy alto.

Enseguida la estrella deslumbró con su talento y sus habilidades a casi todo el vestuario. El equipo iba a jugar para él y como él dijera. Para empezar, él se iba a ocupar personalmente de contratar a unos cuantos refuerzos para aquella temporada. Recorrería el mundo y volvería con tres o cuatro jóvenes promesas que le darían nuevo vigor al equipo. Como a la estrella le gustaba viajar, recorrió el mundo varias veces, pero incomprensiblemente se volvió de vacío. A pesar de este pequeño fracaso, los líderes del vestuario seguían encandilados: no te preocupes le dijeron, este año la contratación ha sido muy difícil, además habrás tenido mala suerte y seguro que la temporada que viene, con tu sola presencia mejoramos.

En el último momento, justo antes de que empezara la temporada, la estrella propuso que se contratara a dos de sus amigos italianos. El procedimiento era un poco irregular, y los méritos de al menos uno de ellos eran más que dudosos, pero la estrella insistió y les amenazó con marcharse y los líderes del vestuario, temerosos y quizás sintiéndose deslegitimados, callaron y otorgaron.

Pero las cosas empezaron a torcerse de verdad al terminar aquella temporada. Ese año la contratación nominalmente había corrido a cargo de los jóvenes y, seguramente por una de esas coincidencias de la vida, volvieron a contratar a otro italiano. Para aquel entonces la estrella ya se había adueñado casi por completo del equipo. Durante todo el año sólo se habían atrevido a plantarle cara dos de los jóvenes y algunos veteranos.

Los veteranos jugaban de defensas, y para la estrella no contaban demasiado. Pero el descaro de los jóvenes no podía tolerarse. Uno de ellos jugaba en el medio del campo, y animado por uno de los veteranos, se había dedicado a repartir juego y había dejado su palmarés personal un tanto descuidado. Pero en realidad a la estrella eso no le importaba demasiado. Aunque muchos jugadores no lo sabían, algunos meses antes el joven le había plantado cara a la estrella: échame si puedes le dijo un día que la estrella le hizo una petición abusiva. La estrella no podía creerse lo que estaba oyendo: aquél merluzo que había empezado siendo su amigo le estaba desafiando. ¿Es esa tu última palabra? le pregunto sorprendido. El joven le miró a los ojos y asintió con la cabeza. Unos meses después el entrenador le despedía: no has metido suficientes goles. La reputación del equipo está en juego. Aquí no tienes sitio. El más ambicioso de los líderes del vestuario, el que más había animado al joven a jugar como lo hacía, aplaudió alborozado. Eso, eso, echémosle. Tenemos que dar ejemplo. Somos un gran club. La estrella sonreía, ladina. Los que apreciaban al joven no supieron qué decir y miraron para otro lado, contritos y resignados.

El otro de los jóvenes sin ley metía goles en silencio. La afición estaba de su parte y la prensa deportiva hablaba de él en términos elogiosos. Pero también él había ofendido a la estrella y por lo tanto no se podía consentir que siguiera en el equipo. La estrella volvió a disfrazar su decisión personal con razones profesionales. El buen juego del joven era un requisito necesario pero no suficiente. Para seguir en el equipo lo que en realidad hacía falta era contentar a la estrella. ¿No era acaso él, con mucho, el mejor de todos? ¿Quién iba a atreverse a llevarle la contraria cuando dijera que el buen juego del joven era sólo un espejismo, que en realidad su juego carecía de interés y los periodistas y la afición se equivocaban? ¿qué sabían todos ellos de fútbol, pobrecitos? Se volvió a reunir la junta directiva para discutir el caso y en la sala se levantaron algunas tímidas protestas que la estrella volvió a acallar amenazando con marcharse si no se atendían sus deseos. Una vez más, el veterano que le hacía de vocero aplaudió alborozado y los otros líderes del vestuario, temerosos y acomplexados, callaron y otorgaron.

Por desgracia o por descuido, al llegar a este punto las crónicas deportivas se interrumpen. Se sabe que los jóvenes se fueron. Pero ya nadie recuerda si la estrella se quedó, o si terminó por marcharse, ni qué fue de aquel equipo que prometía tanto.

Madrid, 1 de junio de 1996
Javier Díaz-Giménez